

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Derecho a la infancia

Una realidad que ha de tener muy presente la sociedad de nuestros días es que los niños, además de tener los derechos generales que les corresponden como seres humanos, tienen unos derechos específicos adicionales, que les corresponden por su calidad de niños.

Esos derechos específicos son, en esencia, aquellos que amparan su desarrollo integral, equilibrado y saludable. Si el niño no se desarrolla de ese modo, cuando sea adulto, ni será equilibrado ni será saludable, y se integrará en esa masa de seres débiles, amargados, resentidos, desilusionados y prematuramente envejecidos, que tanto atormenta a nuestra sociedad de hoy.

Las sociedades que manipulan y explotan la niñez, están condenadas a perpetuarse como sociedades enfermizas, desequilibradas y vulnerables, con toda la carga de tragedia humana que ello implica.

Los niños no deben ser educados en el vicio, con la estúpida pretensión de que, después, cuando sean adultos, ellos, por sí mismos y con su propio esfuerzo, dejarán el vicio y abrazarán la virtud. Es más fácil pasar de la virtud al vicio que viceversa.

Lo razonable es educarlos hacia el bien, para que, después, en su edad adulta, si deciden tomar el camino del mal, lo hagan con plena consciencia y bajo su propia responsabilidad.



Foto CASTELLÓN DIARIO

Los padres y educadores que, de verdad, quieren a los niños, deben rechazar enérgicamente la intromisión de otras fuerzas modeladoras, guiadas por intereses espurios, que inciden negativamente sobre la conciencia y el comportamiento de los niños.

No es éste el momento de enumerar esas fuerzas, pero no nos resistimos a señalar, aunque sólo sean tres ejemplos: la máquina infernal de los medios de comunicación audiovisual, la infiltración de la droga en los ambientes infantiles, y los simples chupa-chups eróticos. Asusta pensar que nuestra infancia -nuestro mayor tesoro- está expuesta permanentemente a la agresión inmisericorde de tantas

y tantas fuerzas sucias y ocultas.

Todas esas fuerzas interesadas recogen su cosecha económica o ideológica, y se esconden para disfrutar de ella, y mientras tanto, el producto de su agresión, que es la infancia rota, queda para ser la cruz de sus familias y de la sociedad entera.

La educación que no se dio en la infancia, y que condujo a una juventud delincuente, triste y desarraigada, se da después, durante la edad adulta, en las instituciones especializadas en la recuperación de desechos humanos, o en las cárceles, mediante sus programas de reinserción.

Esta es una triste realidad que no debemos perder

nunca de vista. Es axiomático que todos los ciudadanos han de apurar el trago de su educación. En unos casos, la recibirán durante su infancia, y en otros, durante su edad adulta.

En el primer caso, será un trago dulce -casi un juego- porque vendrá de las manos amorosas de sus padres y de sus buenos educadores. En el segundo, será un trago amargo, porque vendrá, tardíamente, de las manos de la justicia o de la beneficencia, cuando los cuerpos y las almas estén ya lacerados.

El tesoro más grande que posee un niño es su propia infancia. La nueva cultura

se la roba, porque acelera artificialmente su proceso de maduración para hacer de él un enano deforme.

Dejemos que los niños sigan siendo niños hasta que quieran dejar de serlo. Prolonguemos su felicidad infantil. No hagamos de ellos bufones para divertir a los adultos. Ayudémosles a ser niños felices ahora, para que sean hombres felices el día de mañana.

El niño nació con derecho a su propia infancia. La infancia que le robemos jamás la recuperará. Si se la quitamos ahora, él quedará marcado para siempre. Después será un hombre mutilado, un hombre que no tu-

vo infancia. Lo mismo le ocurre al que pierde una pierna. Es un hombre sin pierna para siempre.

Dejemos que los niños sigan inundando nuestros parques con el bullicio de su alegría y de sus juegos inocentes. Impidamos que los adultos los ensucien, y venguen en ellos sus frustraciones, y carguen sobre ellos sus miserias.

Dejemos que los niños respiren libremente su aire limpio e incontaminado, mientras los adultos de la nueva cultura se pudren en sus vapores pestilentes, y se diluyen en sus falsos paraísos.

(*) Profesor de Investigación



Las niñas y educadoras que de verdad quieren a los niños, deben rechazar cualquier tipo de intervención económica o ideológica, y se esconden para disfrutar de ella, y miran tanto el producto de su agresión, que es la infancia rota, que da para ser la cruz de sus familias y de la sociedad entera.

La educación que no se dio en la infancia, y que condujo a una juventud delirante, triste y desorientada, se da después, durante la edad adulta, en las acciones especializadas en la recuperación de derechos humanos, o en las curules mediante sus programas de rehabilitación.

Esta es una triste realidad que no debemos perder de vista. Es axiomático que todos los ciudadanos han de apurar el trago de su educación. En unos casos, la recibirán durante su infancia, y en otros, durante su edad adulta. En el primer caso, será un trago dulce -casi un juego- porque vendrá de las manos amorosas de sus padres y de sus buenos educadores. En el segundo, será un trago amargo, porque vendrá, tardíamente, de las manos de la justicia o de la beneficencia, cuando los cuerpos y las almas estén ya lacerados. El tesoro más grande que posee un niño es su propia infancia. La nueva cultura se la roba, porque acelera artificialmente su proceso de maduración para hacer de él un enano deforme. Dejemos que los niños sigan siendo niños hasta que quieran dejar de serlo. Prolonguemos su felicidad infantil. No hagamos de ellos bufones para divertir a los adultos. Ayudémosles a ser niños felices ahora, para que sean hombres felices el día de mañana. El niño nació con derecho a su propia infancia. La infancia que le robemos jamás la recuperará. Si se la quitamos ahora, él quedará marcado para siempre. Después será un hombre mutilado, un hombre que no tuvo infancia. Lo mismo le ocurre al que pierde una pierna. Es un hombre sin pierna para siempre. Dejemos que los niños sigan inundando nuestros parques con el bullicio de su alegría y de sus juegos inocentes. Impidamos que los adultos los ensucien, y venguen en ellos sus frustraciones, y carguen sobre ellos sus miserias. Dejemos que los niños respiren libremente su aire limpio e incontaminado, mientras los adultos de la nueva cultura se pudren en sus vapores pestilentes, y se diluyen en sus falsos paraísos.

Los niños no deben ser educados en el vicio, con la esperanza de que, después, cuando sean adultos, ellos por sí mismos y con su propio esfuerzo, dejen el vicio y se dediquen a la virtud. Es una falsa esperanza, y el vicio que vive en el niño, cuando se convierte en adulto, se convierte en una enfermedad crónica y el comportamiento de los niños.

No es este el momento de enumerar esas fuerzas, pero no nos resistimos a señalar, aunque solo sean tres, algunas de las máquinas industriales de los medios de comunicación audiovisual, la institución de la droga en los ambientes infantiles y los simples chup-chups electrónicos. Así, la gente que nuestra infancia -nuestro mayor tesoro- está expuesta permanentemente a la agresión silenciosa de tantas

Las niñas y educadoras que de verdad quieren a los niños, deben rechazar cualquier tipo de intervención económica o ideológica, y se esconden para disfrutar de ella, y miran tanto el producto de su agresión, que es la infancia rota, que da para ser la cruz de sus familias y de la sociedad entera. La educación que no se dio en la infancia, y que condujo a una juventud delirante, triste y desorientada, se da después, durante la edad adulta, en las acciones especializadas en la recuperación de derechos humanos, o en las curules mediante sus programas de rehabilitación. Esta es una triste realidad que no debemos perder de vista. Es axiomático que todos los ciudadanos han de apurar el trago de su educación. En unos casos, la recibirán durante su infancia, y en otros, durante su edad adulta. En el primer caso, será un trago dulce -casi un juego- porque vendrá de las manos amorosas de sus padres y de sus buenos educadores. En el segundo, será un trago amargo, porque vendrá, tardíamente, de las manos de la justicia o de la beneficencia, cuando los cuerpos y las almas estén ya lacerados. El tesoro más grande que posee un niño es su propia infancia. La nueva cultura se la roba, porque acelera artificialmente su proceso de maduración para hacer de él un enano deforme. Dejemos que los niños sigan siendo niños hasta que quieran dejar de serlo. Prolonguemos su felicidad infantil. No hagamos de ellos bufones para divertir a los adultos. Ayudémosles a ser niños felices ahora, para que sean hombres felices el día de mañana. El niño nació con derecho a su propia infancia. La infancia que le robemos jamás la recuperará. Si se la quitamos ahora, él quedará marcado para siempre. Después será un hombre mutilado, un hombre que no tuvo infancia. Lo mismo le ocurre al que pierde una pierna. Es un hombre sin pierna para siempre. Dejemos que los niños sigan inundando nuestros parques con el bullicio de su alegría y de sus juegos inocentes. Impidamos que los adultos los ensucien, y venguen en ellos sus frustraciones, y carguen sobre ellos sus miserias. Dejemos que los niños respiren libremente su aire limpio e incontaminado, mientras los adultos de la nueva cultura se pudren en sus vapores pestilentes, y se diluyen en sus falsos paraísos.

Los niños no deben ser educados en el vicio, con la esperanza de que, después, cuando sean adultos, ellos por sí mismos y con su propio esfuerzo, dejen el vicio y se dediquen a la virtud. Es una falsa esperanza, y el vicio que vive en el niño, cuando se convierte en adulto, se convierte en una enfermedad crónica y el comportamiento de los niños.

No es este el momento de enumerar esas fuerzas, pero no nos resistimos a señalar, aunque solo sean tres, algunas de las máquinas industriales de los medios de comunicación audiovisual, la institución de la droga en los ambientes infantiles y los simples chup-chups electrónicos. Así, la gente que nuestra infancia -nuestro mayor tesoro- está expuesta permanentemente a la agresión silenciosa de tantas

La educación que no se dio en la infancia, y que condujo a una juventud delirante, triste y desorientada, se da después, durante la edad adulta, en las acciones especializadas en la recuperación de derechos humanos, o en las curules mediante sus programas de rehabilitación. Esta es una triste realidad que no debemos perder de vista. Es axiomático que todos los ciudadanos han de apurar el trago de su educación. En unos casos, la recibirán durante su infancia, y en otros, durante su edad adulta. En el primer caso, será un trago dulce -casi un juego- porque vendrá de las manos amorosas de sus padres y de sus buenos educadores. En el segundo, será un trago amargo, porque vendrá, tardíamente, de las manos de la justicia o de la beneficencia, cuando los cuerpos y las almas estén ya lacerados. El tesoro más grande que posee un niño es su propia infancia. La nueva cultura se la roba, porque acelera artificialmente su proceso de maduración para hacer de él un enano deforme. Dejemos que los niños sigan siendo niños hasta que quieran dejar de serlo. Prolonguemos su felicidad infantil. No hagamos de ellos bufones para divertir a los adultos. Ayudémosles a ser niños felices ahora, para que sean hombres felices el día de mañana. El niño nació con derecho a su propia infancia. La infancia que le robemos jamás la recuperará. Si se la quitamos ahora, él quedará marcado para siempre. Después será un hombre mutilado, un hombre que no tuvo infancia. Lo mismo le ocurre al que pierde una pierna. Es un hombre sin pierna para siempre. Dejemos que los niños sigan inundando nuestros parques con el bullicio de su alegría y de sus juegos inocentes. Impidamos que los adultos los ensucien, y venguen en ellos sus frustraciones, y carguen sobre ellos sus miserias. Dejemos que los niños respiren libremente su aire limpio e incontaminado, mientras los adultos de la nueva cultura se pudren en sus vapores pestilentes, y se diluyen en sus falsos paraísos.